

INTERCULTURALISM.
BETWEEN IDENTITY AND DIVERSITY
Beatriz Penas Ibáñez y Carmen López Sáenz (eds.)
Berna, Peter Lang, 2006

Ignacio Castillo Franco
Becario predoctoral U.N.E.D.

En un mundo en el que la globalización amenaza con uniformar a los seres humanos y sus culturas se hace más necesario que nunca seguir reflexionando acerca de la identidad y la diversidad. El presente volumen publicado en inglés en 2006, cuya edición ha estado a cargo de las profesoras M^a del Carmen López Sáenz (del Departamento de Filosofía de la UNED) y Beatriz Penas Ibáñez (Departamento de Filología Inglesa y Germánica de la Universidad de Zaragoza) está dedicado a esta necesariamente interdisciplinar cuestión y contiene las contribuciones de un amplio abanico de investigadores internacionales llevadas a cabo en el congreso "Identidad y Diversidad: Reflexiones filosóficas y filológicas" que tuvo lugar en Madrid en el año 2003 y será de especial provecho para aquellos cuyos intereses estén relacionados con los ámbitos lingüístico y filosófico, pero también para todo aquel que se preocupe por cuestiones más específicamente sociales, antropológicas, culturales, políticas, etc.

Como se podrá ir apreciando a través de los diversos trabajos aquí incluidos, la identidad no es algo inmutable, perfecto y especulativamente frío que de algún molde hubiese salido de una vez para siempre; muy al contrario, la generación de la identidad es un proceso dinámico, podríamos decir nunca acabado, y, sobre todo, siempre abierto a las diferencias de las que necesariamente se nutre. El lenguaje y el discurso, o debiéramos decir las lenguas y los discursos, son el ámbito privilegiado en el que va apareciendo dicha identidad.

El par de conceptos identidad-diversidad no es un lugar periférico dentro del mapa del pensamiento. Decía más arriba que es hoy más necesario que nunca seguir pensando en la identidad y la diversidad, seguir con una tradición que se remonta hasta los albores de lo que, con más o menos razón, llamamos pensamiento racional. Hace dos milenios y medio los primeros filósofos, aquellos presocráticos que no se conformaban con las explicaciones mitológicas, perseguían con su pensamiento el *"arkhé"*, aquel principio común que debía subyacer detrás de toda la abigarrada multiplicidad del mundo que nos rodea. No podemos olvidar la condición que hizo posible la aparición de esta actividad intelectual: la palabra, el *logos*, la razón, el discurso compartido hasta por el esclavo y gracias al cual a éste le era posible seguir la demostración geométrica en su diálogo con Sócrates: "¡Es porque habla griego!" les explicaba a los demás el infatigable ateniense, "es porque habla" tendríamos que decir hoy, pues para aquellos excelsos griegos los hombres que se encontraban más allá de las fronteras de la comunidad de ciudades helénicas, comunidad ante todo lingüística, eran bárbaros, gentes que balbuceaban y hablaban de forma ininteligible. Y tampoco sería descarrado buscar la conexión de aquellas primeras especulaciones acerca de la diversidad y la identidad con las necesidades de orden práctico y político que tenían aquellos griegos, la necesidad de encontrar un fundamento a su convivencia, así como herramientas para ordenar la misma. Desde entonces todos los grandes pensadores han dedicado sus esfuerzos a la dicotomía identidad/diversidad: Heráclito, Parménides, Aristóteles, la crítica de Hume a la idea de sustancia (sub-stantia), la subsiguiente concepción kantiana de la unidad trascendental, la unidad de la Razón hegeliana que se despliega en la Historia y que tiende hacia la identificación consigo misma, sin dejar de mencionar a la fenomenología que postula también una unidad no impuesta desde el exterior sino radicada, in-corporada o encarnada en nosotros a la que llama "intencionalidad" que se despliega hacia el mundo y sólo por la cual la diversidad de los objetos desnudos cobran significado y sentido en un mundo, mundo de la vida, preñado de remisiones y referencias que no existirían sin aquella intencionalidad.

La fenomenología goza de especial presencia en el libro que aquí nos ocupa y a través de cuyas hojas se va ilustrando la relación entre el par de conceptos identidad y diversidad, relación que nunca es de exclusión porque la una no se opone a la otra, sino que ambas se complementan, se necesitan, no pueden ser sin la otra, su relación es más bien dialéctica. Hacia la mitad de la larga cita de Hans Georg Gadamer que precede a las contribuciones recogidas en el presente volumen se puede leer "... es precisamente la alteridad, el reconocimiento de nuestra mismidad, el re-encuentro del otro en el lenguaje, el arte, la religión, la ley y la historia, lo que es capaz de guiarnos hacia una verdadera comunidad". Y he aquí el telos de esta reflexión acerca de la identidad y la diversidad, que no es otra que el "Interculturalismo" que da título al volumen. Bien es verdad que, como hemos visto, históricamente la reflexión filosófica ha privilegiado el momento o polo de la identidad, la búsqueda de lo común, pero ello sería incompleto sin la búsqueda (¡y la preservación!) de las diferencias en aquella comunidad. Uno de los rasgos esenciales de la postmodernidad, filosófica o no, ha sido el reconocimiento y defensa de la diversidad, especialmente la cultural, frente a todo intento uniformador basado en la búsqueda de lo común, declarando que detrás de aquello que es común se esconde con múltiples máscaras el poder con sus imposiciones. El postestructuralismo, por ejemplo, ha querido contribuir en ese desenmascaramiento.

Que la relación entre identidad y diversidad es dialéctica, que todos poseemos una identidad que condiciona las diferencias y que nuestra identidad se construye a partir de éstas se ve hoy más claramente que nunca. En un mundo en el que desde que nacemos entramos en contacto, gracias a los avances tecnológicos en los medios de transporte así como en las comunicaciones, con más diferencias de las que nunca hubieran experimentado cualquiera de nuestros antepasados, en unas vidas que interactúan y se las ven con más "cantidad" de diversidad de la que jamás hubieran tenido que encarar vidas pasadas, es necesario, no sólo reflexionar acerca de la misma, sino hacer una tajante declaración a favor de la preservación de la misma. Aquellas diferencias que no se opongan a la igualdad en un sentido moral, no deberían ser eliminadas. La unidad de la razón no debería nunca

acallar la multiplicidad de las voces con que esta se manifiesta. Para generar nuestra identidad dentro de las diferencias se hace necesario el diálogo entre las culturas y la tarea de la filosofía del interculturalismo no es otra que la de fomentar y fundamentar ese diálogo. El interculturalismo puede ser entendido entonces como una exigencia moral de una razón teórica y práctica enriquecida con la apertura hacia el otro. Esta filosofía del interculturalismo considera a las culturas como entidades dinámicas que se constituyen como tales precisamente en su apertura hacia las diferencias y, por eso, la comunicación intercultural no consiste meramente en la pasiva aceptación de este hecho multicultural, sino que es un componente esencial de toda cultura que se quiere afirmar como tal. Esta esencial comunicación tiene lugar entre individuos que hablan lenguas distintas y para quienes las palabras y las cosas tienen significados diferentes, que comparten sin embargo la pretensión de entenderse.

Ese reto comunicativo hay que afrontarlo sin ningunear las diferencias, pues si en pos de la comprensión del otro las olvidáramos y actuásemos como si no existiesen, de ello se derivaría un empobrecimiento de la comprensión de nosotros mismos. Por eso, cuando de esta filosofía del interculturalismo se trata, cobra especial importancia el considerar el lenguaje y la diversidad de lenguas en la que se produce dicha interacción entre culturas. El entendimiento humano consiste en verse comprometido en un proceso de apropiación-contextualización por parte de hablantes competentes que van creciendo y aprendiendo a crear lazos y compromisos con otros en un juego de comunicación intersubjetiva válida. Entender al otro y lo que el otro dice requiere, más que una comunión, una coincidencia de horizontes interculturales que es posibilitado por el reconocimiento de la diversidad lingüística. Ello sólo puede empezar por una condición humana compartida, un aparato sensitivo-cognitivo común y unas comunes condiciones físicas en orden a la supervivencia que crean el sustrato a partir del cual la interacción entre individuos y culturas distintos/as contribuye al propio enriquecimiento y comprensión. La riqueza de mundos que nos brinda la diversidad lingüística hace que las traducciones de un lenguaje a otro nunca puedan ser perfectas y por eso el aprendizaje de lenguas utilizadas por otros, así como de sus

tradiciones, se convierte en un requisito del auténtico diálogo intercultural (incluso si a fin de cuentas no pudiésemos más que ensanchar nuestra propia tradición y lenguaje para asimilar "la extraña" como si se tratase de una variedad de la propia). Es por esto que el ideal regulativo que debe guiarnos en esta tarea es la de tratar de acercarse a otras culturas como si fueran la nuestra e intentar aprender un segundo idioma como si fuera nuestra lengua materna. Pero en la medida en que ese ideal no se cumple, la traducción, que es una verdadera interpretación de una lengua y cultura "extraña" se convierte en un medio efectivo y enriquecedor que permite el verdadero diálogo.

El libro que nos ocupa se divide en tres partes, cada una de las cuales consta a su vez de los trabajos de cuatro autores. La primera de las partes lleva por título "Identidad y diferencia: El yo y el mundo" y los cuatro trabajos en ella incluidos abordan la idoneidad y significatividad de la identidad en el contexto de la diferencia, así como los elementos comunes a los diversos mundos de la vida en que habitamos. Las cuatro contribuciones que figuran en este primer bloque son las siguientes: M^a Carmen López Sáenz, "*La Parole* como signo de la diferenciación originaria"; Susan M. Purviance, "Identidad personal y multiplicidad en Shaftesbury, Hume y Reid"; Javier San Martín, "El mundo de la vida: Lo común y lo diferente"; Karina P. Trilles Calvo, "Dialogando con el otro: algunas notas de Maurice Merleau-Ponty".

La segunda parte, titulada "Identidad y diversidad: Interculturalismo", levanta acta del estado actual de las diferencias culturales e intenta demostrar que, a pesar de hallarnos instalados en un período de máxima interacción entre ellas, un período de máxima diversidad, ésta ha existido siempre y el miedo a la misma, a la pérdida de la propia identidad, es infundado. Las cuatro contribuciones de este bloque son: Amin Asadollahi, "Verdad e identidad: El colapso de la diversidad en la realidad contemporánea"; Jesús M. Díaz Álvarez, "La fundamentación de la moral y las diferencias normativo-culturales. Una aproximación fenomenológica"; Kathrin Hönig, "Diversidad intercultural y traducción: Puntualizaciones sobre la inconmensurabilidad y la tolerancia desde una perspectiva semántica"; Jef Verschueren, "La identidad como negación de la diversidad"

Por último, la tercera parte titulada "Identidad y narración: Identidades discursivas", se centra en el papel que juega el discurso en el proceso de formación de las distintas identidades y en el cambio de las mismas: ¿Qué rasgos son relevantes para la formación de la identidad y deben ser preservados dentro de toda diversidad? ¿Son relevantes de forma intemporal? Los trabajos incluidos en esta última parte son los siguientes: Elvira Burgos, "Identidad vulnerable y acción: Judith Butler"; Ángeles de la Concha, "El cuerpo como *locus* de la identidad femenina"; José Ángel García Landa, "Relectura, narración, identidad e interacción"; Beatriz Penas Ibáñez, "Los significantes del yo: Una visión sociopragmática de la diversidad lingüística y la construcción discursiva de las identidades".